

ISAÍAS LAFUENTE

Y

EL VERBO

SE HIZO

POLVO

*¿Estamos destruyendo
nuestra lengua?*

Isaías Lafuente

Y EL VERBO
SE HIZO POLVO

¿Estamos destrozando nuestra lengua?



© Isaías Lafuente, 2014
© Espasa Libros, S. L. U., 2014

Primera edición: mayo de 2014

Depósito legal: B. 7.504-2014
ISBN: 978-84-670-4143-9

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain
Impresión: Unigraf, S. L.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

Espasa Libros, S. L. U.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

Índice

<i>Prólogo</i> . Somos lo que hablamos	13
Capítulo 1. En el principio fue el verbo	23
El castigo de Babel	27
Una odisea en el tiempo	30
La gran pregunta	33
El complicado jeroglífico	37
El orden alfabético	39
La explosión de la palabra hablada	42
¿Quién se ha llevado mi queso?	48
¡Qué le vamos a <i>baser</i> !	50
La herencia recibida	52
La expansión y la consolidación	54
Capítulo 2. Los siete pecados capitales	59
La ignorancia	61
La envidia	64
La gula	65
La avaricia	68
La lujuria	72

La soberbia	78
La pereza	81
¿Y la ira?	84
 Capítulo 3. El arte de jugar con las palabras	 85
De oficio, nombrador	88
Del decretazo al ciberacoso	91
Eres un <i>fistro</i>	97
El cuero besa el larguero	100
Juegos retóricos	106
 Capítulo 4. El arte de engañar con las palabras	 110
Siempre nos engañaron	114
Las vacas flacas	117
Nombrar las consecuencias... ..	120
La víctima colateral	122
 Capítulo 5. Palabras ridículas	 125
Micrófonos indiscretos	128
¿Por qué no te callas?	134
Las leyes, como las mujeres, están para violarlas	136
Enredados	139
Sabemos lo que hay que hacer... y otros trabalenguas	142
 Capítulo 6. ¿Y por qué no miembros?	 148
Cojonudo y coñazo	151
<i>Millonas</i> y <i>atletos</i>	154
Licenciada, no; interesada, sí	157
Modistos y comadrones	162
Diques de contención	163

Una oportunidad	172
¿Qué hacemos con las palabras incómodas?	177
Capítulo 7. ¡Joder, qué tropa!	180
¿Por ke no nos dejamos de komplikaciones?	186
El amigo americano	192
Rae.com	198
Una colmena incesantemente atareada	202
Femenino singular	205
Capítulo 8. El verbo se hizo carne.com	214
Tuitografía	221
Nombrar Internet	225
Ola k ase	229
Capítulo 9. Arenas movedizas	233
A ver qué nos pasa con el verbo <i>haber</i>	236
Infinitivos, gerundios y participios	238
Las raíces y sus ramas	241
A ver quién la tiene más larga	243
Poner el acento	246
Insoportables muletillas	247
Cuidado con las ambigüedades	249
Las conchas y las pollas	251
¿Queremos decir justo esto?	252
A setas o a Rolex	254
Capítulo 10. No tengo palabras	256
Estar siempre preparado	258
El contrato	260
Lo bueno, si breve... ..	261

Todo vale	262
Evitemos los ruidos	264
¿Y qué hacemos con toda esa gente que nos mira?	267
Capítulo 11. Apuntes para un nuevo <i>Estupidiario</i>	268
¡En qué estaría yo pensando!	271
Veinte jueces por habitante	274
Los pelos de gallina y la carne de punta	275
Las fuertes rubias	278
El rey paseará con dos maletas	281
Órdenes de alojamiento y delitos amputados	283
El presidente es <i>Lapolla</i>	284
Una hora menos en Barajas	285
El derrame cerebral en un muslo	287
Mirar de forma ocular	289
<i>Epílogo. Apocalipsis cotidianos</i>	293
<i>Bibliografía</i>	301

Capítulo I

EN EL PRINCIPIO FUE EL VERBO...

El día más insospechado, aquel pequeño individuo soltó una palabra. Quizás fuese otra, pero recordaremos con el paso del tiempo el momento en que mirándonos desde la cuna, sentado apaciblemente en su trona o aupado en nuestros brazos nos dijo por primera vez «papá», «mamá»... Desde el momento en que vio la luz, el chaval ha ido probando mecanismos rudimentarios de comunicación. Primero experimentó con el llanto, su primera forma de expresión desde que la comadrona le atizó un par de cachetes para que abriese sus pulmones. Consiguió en muy poco tiempo especializarse en todas sus variantes posibles con tal grado de eficacia que, gracias a él, ha sido capaz de transmitir señales de llamada, de queja, de dolor, de hambre, de cansancio...

Constató que aquello funcionaba razonablemente, pero no era suficiente. Así que, en su primer rasgo de madurez, fue probando alternativas hasta que, a partir de las seis primeras semanas de vida, fue esbozando y perfeccionando la sonrisa como herramienta complementaria. Gracias a ella, ha podido ir expresando sentimientos de bienestar, de aprobación, quién sabe si de agradecimiento.

Tras el llanto y la sonrisa vinieron los primeros gorgoritos y después la experimentación con las vocales, ensayando cómo podía

alargarlas hasta el infinito y más allá: «aaaaaaaaa», «eeeeeee»... Cuando uno tiene todo el día por delante, sin otra misión que comer y dormir, cabe imaginar que el entretenimiento y la satisfacción que le proporcionaban esos primeros balbuceos eran mayúsculos.

Después, fue comprobando que jugar con sus labios, poniéndolos de todas las maneras imaginables, y explorar con su lengua todos los rincones de la pequeña cueva de su paladar, le permitía articular una rica variedad de sonidos diferentes: «gu-gu», «ta-ta», «ba-ba»... Y el colmo llegó ese día en que al articular por casualidad «pa-pa», «ma-ma», «be-be» se organizó un gran jolgorio a su alrededor acompañado de intensos debates sobre si aquel pequeñuelo estaba empezando a nombrar el mundo que le rodeaba. Vana ilusión, en realidad aún no nos estaba queriendo decir nada.

Entre los seis y los ocho meses, comienza a mostrar interés por todo lo que se habla a su alrededor. Observa, escucha, intenta repetir a su manera aquello que va oyendo. Sin ser consciente de ello, identifica la fuente de aprendizaje y comienza a beber de ella. Y así, imitando a sus padres —a su estilo, por supuesto—, comienza a intercalar sílabas diferentes —«taca», «pete»— y pone con su lengua de trapo los cimientos de las futuras palabras. Descubre que aquel invento funciona como un mecano —tardará aún años en saber qué es un mecano— y comienza a ser consciente de que las piezas no están sólo en su boca.

Descubiertos la sonrisa y el llanto, encuentra nuevas formas de expresión en otros gestos que también levantarán grandes pasiones en su familia: dice adiós con la manita, extiende sus brazos pidiendo cobijo, abre los ojos hasta el límite de sus órbitas para expresar sorpresa, aprieta los labios en un gesto que parece denotar indiferencia, pone sus manitas sobre sus mofletes como si el pobre ya estuviese pensando en el futuro, mueve la cabeza en todas direcciones para decirnos sí o no y mostrarnos así que ya comienza a tener capacidad de decisión.

Tras este aprendizaje, entonces sí, celebra su primer cumpleaños pronunciando sus primeras palabras con un atisbo de intención. Y lo sabremos gracias al apoyo de esos gestos que ha ido puliendo. Si cuando dice mamá mira a su madre o la señala con el dedillo, ya no tendremos ninguna duda. No es que se haya quedado con hambre después de comer y nos pida más —«ma, ma...»—, es que está identificando a esa persona que estuvo con él desde el primer minuto de su vida.

A partir de ahí, el proceso será imparabile y se acelerará de tal manera que se nos hará difícil percibir y asimilar cada hito en su evolución. Comenzará a poner nombre a todo aquello que le ha estado rodeando desde el momento de su nacimiento y, al hacerlo, comprobará que su vida va siendo más fácil. Aquella personita se ha convertido en creador de palabras, aunque su código sólo sea descifráble para los más cercanos. Es verdad que su vocabulario es todavía precario y se limita a un puñado de términos, pronunciados de aquella manera, con los que va nombrando objetos y personas, pero pronto descubrirá que con esos mágicos rudimentos puede hacer cosas increíbles. Pedir, por ejemplo.

Aún no sabe conjugar verbos, quizás sólo sepa decir *pera*, pero si al pronunciar la palabra mira a su padre y señala la mesa sobre la que está el fruto, con ese par de sílabas habrá conseguido decir lo que quería: «Papá, dame una pera». Y no sólo eso. Si al hacerlo entorna levemente los ojillos, habrá ensayado por primera vez una especie de *por favor*; si al tomarla en sus manos dibuja una sonrisa, no cabe duda de que estará diciendo *gracias*; y si, concluido el pequeño festín, vuelve a pronunciar la palabra *pera*, nos estará diciendo que la cosa le ha gustado y que se ha quedado con ganas de más. Así, con una sola palabra, habrá mantenido un diálogo con pleno sentido con su padre.

A partir del año y medio, las frases se irán alargando poco a poco:

dos, tres, cuatro palabras... Su lenguaje se estira al ritmo de su propio crecimiento. Por supuesto, sólo maneja aún palabras clave: sustantivos, adjetivos y verbos. Para qué complicarse de momento con artículos, preposiciones, conjunciones y adverbios. No los necesita. Nunca malgastará su tiempo y sus fuerzas en un *la* o en un *en*. Articula un lenguaje telegráfico y económico, que retomará años después cuando comience a navegar por las redes sociales, pero con el que podrá comunicarse perfectamente. Si dice «¡nene tonto!», entenderemos perfectamente que el niño al que se refiere no le cae nada bien o le acaba de hacer una picia. Con unos «dame agua», «quero bibe», «teno pis», «nene cuna», tendrá resueltas buena parte de sus necesidades básicas. Pero, además, si nos dice «guta paque», estará comenzando a contarnos sus aficiones. Y el día que nos diga «vamo calle», habrá proclamado su primera manifestación de independencia.

A partir de los dos años, su vocabulario se va ampliando considerablemente. Llega a atesorar entre cincuenta y doscientas cincuenta palabras, ya es capaz de conjugar sencillos tiempos verbales, comienza a añadir nexos (y, o) y su discurso se hace cada vez más complejo. Con frecuencia nos lo encontraremos hablando solo, mirando al infinito o respondiendo a los personajes que aparecen por la televisión. Nada de qué preocuparse, sólo está practicando, y gracias a ese ejercicio constante, poco después, entre los tres y los cuatro años, conseguirá desarrollar un lenguaje muy parecido al de los adultos.

Aún no sabe escribir, pero ya maneja un arsenal de entre quinientas y mil quinientas palabras —¿se acuerdan del profesor mediático que nos anunciaba el milagro de hablar «inglés con mil palabras»?—. No tiene ni idea de lo que es la sintaxis, pero construye oraciones que se atienen a sus reglas. No intuye aún lo que es la ortografía, pero al hablar acentúa correctamente las palabras y puntúa las frases con sus silencios más o menos prolongados. Ni idea

de fonética, pero logra articular a la perfección sonidos palatales, alveolares, linguodentales, que años después le caerán en algún examen de lengua. Desconoce el nombre de los tiempos verbales, pero los conjuga perfectamente, hasta tal punto que nuestra misión consistirá en corregir su aplastante lógica para enseñarle que no todos los verbos son regulares, y que no se dice «poní», sino *puse*, ni «andé», sino *anduve*, ni «hací», sino *hice*...

Este maravilloso proceso lo completa ese pequeño individuo en un tiempo récord, en los primeros años de vida, de tal forma que cuando comienza a dar «los otros pasos» y un día empieza a razonar, a sentir, a imaginar..., ya cuenta con el poderoso instrumento de la palabra para poder expresarlo y comunicarlo en voz alta. Algunas palabras y dichos, ciertas maneras de expresarse, quedarán en alguno de los confines de la memoria y, con el paso de los años, quizás se sorprenda un día riñendo a sus hijos o dándoles un consejo como lo hacían sus padres con él y tardará en identificar de dónde ha salido todo aquello. Es la herencia recibida. Y en ese pequeño milagro se concentran siglos de esfuerzos de millones de seres humanos, creadores anónimos de un instrumento que nos ha hecho especiales frente al resto de las especies. Algún día quizás sea consciente de ello, valore ese extraordinario privilegio del que no todos nuestros antepasados dispusieron y llegue a comprender que, a lo largo de la historia, hubo generaciones de seres humanos como él que pasaron por este mundo sin poder pronunciar una sola palabra.

El castigo de Babel

«En el principio fue el Verbo», cuenta san Juan en el comienzo de su Evangelio. Ese Verbo con mayúscula denomina a Dios y no a la palabra. Pero en la narración bíblica el otro verbo, el que se escribe

con minúscula, también lo fue desde el principio de los tiempos. Porque aunque la palabra no sea una de las múltiples creaciones directas de Dios en sus seis días de intenso trabajo, según el relato imaginado en el Génesis, siempre estuvo ahí: vino de fábrica con Adán y posteriormente, por ensalmo, pasó a su «costilla». Ellos fueron y con ellos fue la palabra, así de sencillo se nos explica.

Incluso el autor del Génesis se lanza a dar una respuesta al fenómeno de multiplicación de las lenguas y lo encuentra en la construcción de la Torre de Babel, de cuya existencia da cuenta el historiador griego Herodoto hace veintiséis siglos. La describe como una inmensa construcción de hasta ocho torres superpuestas con rellanos para que descansan quienes se atreven a subirla. Dios consideró aquella iniciativa arquitectónica como una prueba más de la soberbia humana y en esta ocasión, para neutralizarla, no optó por la devastación directa. Decidió algo más sibilino: multiplicar las lenguas de los constructores, confundiéndolos y haciendo así imposible que la obra progresase.

Sería el tercer castigo divino a la desobediencia de los hombres y de las mujeres certificado en las primeras trece páginas de la Biblia, tras la expulsión del Paraíso y el diluvio universal. Es curioso porque, unos párrafos antes de contar la multiplicación de las lenguas en el mito de Babel, el autor bíblico ya nos había dejado constancia de ella al explicar cómo los hijos y los nietos de Noé tras el diluvio «poblaron las costas, cada cual según su lengua» (Gn 10,5). Pero ese pequeño detalle se le olvida veintisiete versículos después para iniciar el capítulo 11 del Génesis afirmando rotundo: «Tenía entonces toda la tierra una sola lengua y unas mismas palabras». Como puede comprobarse, el afán de explicar lo inexplicable, aun contradiciendo lo ya explicado, no es un mal exclusivo de nuestros tiempos.

El mito de la dispersión de las lenguas fruto de un enfado divino también se recoge en un poema mesopotámico, *Enmercar y el señor*

de Aratta, escrito en el siglo XXI a. C. y citado por Juan Gabriel López Guix. El poema relata cómo Enki, el Padre-Señor, enojado con el hombre, «cambió el habla de su boca, puso en ella la discordia, en el habla que había sido una». Así se cuenta el origen de las diversas lenguas. Pero no quedó ahí la cosa. Además, al describir la rivalidad entre los dos protagonistas que daban nombre al poema, cuenta cómo Enmerkar, para facilitar el trabajo de los emisarios que enviaba al señor de Aratta con sus correspondientes amenazas, un buen día decidió inventar la escritura. De nuevo, así de sencillo. Aunque en realidad la historia fue mucho más compleja.

A pesar de nuestro grado de conocimiento científico actual, no sabemos el momento preciso en el que nuestra especie comenzó a hablar ni cómo se produjo el desarrollo posterior de las primeras lenguas que se articularon en el mundo. Aunque podemos descartar con absoluta seguridad que la de la palabra sea una facultad innata en la especie humana, como nos cuenta el libro más leído de la historia. Cabe imaginar que el proceso no debió de ser muy diferente al que hoy podemos observar en los niños.

Quizás en el principio sólo fueron unos primitivos sonidos guturales que permitieron a hombres y mujeres manifestar dolor y placer, agrado y disgusto, órdenes y acatamientos, una alarma natural para lanzar señales de aviso a sus congéneres en situaciones de peligro. Después, seguramente fueron articulando estructuras simples con las que intentarían reproducir al principio los sonidos de la naturaleza a través de las onomatopeyas para, más tarde, ir configurando un universo de palabras básicas que les permitió definir poco a poco los objetos materiales que les rodeaban y las acciones que realizaban. Y sólo cuando acabaron de nombrar lo tangible fueron capaces de nombrar lo inmaterial y traducir en palabras los pensamientos y los sentimientos más profundos.

Pero la gran diferencia entre estas dos historias paralelas, la del

niño que hoy comienza a hablar y la de la especie que consiguió hacerlo en el pasado, es que el proceso que en el niño actual dura apenas cuatro años en nuestra estirpe se desarrolló a través de cientos de miles de años. Lo que nosotros aprendemos hoy es el fruto de aquel invento primitivo y, sobre todo, del esfuerzo creativo de miles de millones de personas que lo han ido completando y perfeccionando a través de los siglos.

Hace un millón de años puede que nuestros antecesores contasen ya con un rudimentario protolenguaje; hace cien mil, más o menos, parece que ya manejaban algo sólo remotamente parecido a nuestro lenguaje actual. Pero únicamente era el comienzo... Desde ese momento aún tuvieron que transcurrir novecientos cincuenta siglos más para que al ser humano se le ocurriese inventar un sistema, la escritura, que impidiese que lo hablado se lo llevase el viento. Y pasaron unos cuantos siglos más antes de que naciesen lenguas que hoy reconocemos en la nuestra, como el griego y el latín, precursores inmediatos del castellano.

Si tenemos en cuenta que los primeros bípedos comenzaron a erguirse hace seis millones de años y que el género *Homo*, del que provenimos, se diferenció hace dos millones y medio de años del resto de primates, percibiremos la magnitud del tiempo que necesitaron los humanos para fabricar el lenguaje. Al mirar atrás y contemplar la historia de esa peripecia desde una perspectiva temporal actual nos asomamos a un abismo infinito. Así que intentemos traducirlo en un microrrelato.

Una odisea en el tiempo

Si imaginamos que esos seis millones de años transcurridos desde que un animal lejanamente parecido a nosotros decidió erguirse

podieran condensarse en sólo un año virtual, la historia podría resumirse más o menos así. El 1 de enero aquel individuo se enderezó por casualidad y al hacerlo descubrió que, aunque con dificultad, podía desenvolverse andando sólo sobre sus dos patas traseras y utilizar las otras dos extremidades para otros menesteres. Así que resolvió vivir desde ese momento de pie. No fue fácil. Tuvo que perfeccionar poco a poco aquellos andares patosos y desastrados, aprender a convivir con su nuevo centro de gravedad y mejorar la velocidad de su carrera que le serviría en un futuro tanto para atrapar a sus presas como para huir de los depredadores.

Poco a poco fue descubriendo las bondades del bipedalismo. Las manos liberadas del suelo le permitían ahora coger los frutos de los árboles, cazar animales, seleccionar las mejores piedras para convertirlas en herramientas o armas, pelear con sus congéneres o amarlos de manera más eficaz, señalar el mundo que estaba a punto de nombrar. El trabajo le llevó tiempo, mucho tiempo... En el empeño consumió un largo invierno, vio llegar la primavera y esfumarse, y dejó transcurrir más o menos la mitad de ese imaginario verano.

El 1 de agosto, aquel individuo se despertó raro, había pasado la noche muy revuelto, como si todos los miembros y órganos de su cuerpo anduviesen buscando un nuevo encaje. Al mirarse por la mañana en el río se notó distinto. Había aparecido sobre la tierra el género *Homo*. Tres meses después, el 1 de noviembre más o menos, una de sus ramas, el *Homo sapiens*, comenzó a articular unos sonidos que no se parecían a los que habían emitido hasta entonces sus antecesores y empezó a balbucear unas primitivas palabras, tan torpes como los primeros andares de sus lejanos tatarabuelos, que fue madurando después, durante un par de meses, asociando los sonidos que era capaz de emitir con las cosas que le rodeaban. Hasta que, el 25 de diciembre, llegó a pronunciar un lenguaje remotísimamente parecido a lo que hoy llamamos lenguaje. Durante una semana

fue jugueteando con el nuevo invento, tallándolo y puliéndolo como ya había aprendido a hacer con sus herramientas. El proceso fue rápido, porque a lo largo del año no sólo había fortalecido sus músculos y su osamenta, sino que había desarrollado también su cerebro.

Gracias a él, el resto de la historia, la que nos resulta más cercana y familiar, se precipitó vertiginosamente en el último día de ese año imaginario en el que hemos condensado esta gran peripecia de la humanidad. La última noche del año, nuestro protagonista durmió bien. Se despertó despejado y tuvo una idea sensacional mientras desayunaba: empezó a tallar en las piedras algunos símbolos con intención, no para decorar su hogar ni para embellecer sus armas y herramientas, como ya lo hacía, sino para intentar representar aquellos sonidos que había aprendido a pronunciar y con los que ya nombraba las cosas que le rodeaban y que le sucedían; comenzó a escribir. No había madrugado mucho, eran ya las ocho de la mañana...

Pasó el día disfrutando de aquel código que iba elaborando, ampliándolo con nuevos símbolos, perfeccionándolo. Los primeros dibujos que hizo, que copiaban exactamente la realidad —los acumuló por miles—, fueron transformándose después en garabatos que la representaban, apenas unas decenas. Así nació el alfabeto. En apenas doce horas brotaron un puñado de lenguas primigenias que fueron extendiéndose por el mundo al ritmo de los viajes de sus inventores y, en cada lugar, los nuevos hablantes las modificaron a su antojo.

Más o menos a las ocho y media de la tarde, los individuos que poblaban unas islas del Mediterráneo armaron el griego. Media hora después, sus vecinos inventaron el latín, e inmediatamente lo fueron expandiendo al ritmo de sus conquistas militares. Y a eso de las diez y media de la noche, en el rincón occidental de aquel imperio, algunos hispanos mal hablados comenzaron a pronunciar los

primeros balbuceos del castellano, mientras sus vecinos hacían lo propio con el catalán o el gallego, idiomas que fueron perfeccionando durante la última cena del año, en cuya sobremesa aún estamos.

Esta pequeña travesura, que espero me disculpen paleontólogos, filólogos e historiadores, nos ilumina sobre la complejidad del proceso que felizmente fructificó en «la» palabra, primero, para dar origen después a «nuestras» palabras. Un juego que nos previene además, tanto ante los que se empeñan en maltratar la lengua de manera inmisericorde, destrozando un tesoro que ha costado mucho acumular, como ante quienes, por razones políticas e identitarias, enarbolan la lengua como invención propia y patrimonio exclusivo, histórico y permanente; algo que siempre fue, que siempre estuvo ahí, cuando en realidad las más antiguas son apenas unas jovenzuelas que están aún buscando su madurez.

La gran pregunta

Pero la gran pregunta que nos queda por resolver —quizás no la disipemos nunca con precisión— no es el cuándo ni el cómo aquel grupo de individuos fue capaz de crear este invento prodigioso que es la palabra, sino el porqué. ¿Qué es lo que sucedió en un momento determinado para que todo este complejo proceso se desencadenase? La pregunta no es nueva ni fácil de responder. Y las respuestas que se han dado —especulaciones más bien— han sido muchas a lo largo de la historia.

Durante siglos la humanidad se conformó con la versión bíblica. Dios crea a Adán y desde el primer minuto habla con él para enseñarle el mundo que había creado y para advertirle del fruto que no debía comer si quería evitar el exilio del Paraíso. Después vino lo de la Torre de Babel, otra historia mágica para explicar por qué si

somos iguales hablamos distinto. A estas alturas, si tuviéramos que señalar alguna certeza absoluta sobre el origen del lenguaje, sería que ambos relatos sagrados son falsos. Los griegos dieron una importancia suprema a la palabra, como instrumento para la comunicación y para la articulación y la difusión del pensamiento, de tal manera que la filosofía y la retórica se desarrollaron en aquella civilización paralelamente. Pero sus esfuerzos se encaminaron más al perfeccionamiento de aquel potente instrumento, para hacerlo más eficaz, que a la búsqueda de sus orígenes.

Hubo que esperar algunos siglos para que alguien perdiese su precioso tiempo en preguntarse por el origen del lenguaje humano. El primero en plantear una teoría seria al respecto fue el escocés James Burnett, lord Monboddó, juez, filósofo y lingüista, hombre polifacético que, en 1773, publicó *El origen y progreso del hombre y el lenguaje*. En esa obra aventuraba que, haciendo de la necesidad virtud, los seres humanos inventaron y desarrollaron la palabra como habían creado otras herramientas materiales, para dotarse de un eficaz método de supervivencia que permitió a nuestra especie evitar o combatir peligros que podrían haberle llevado a la extinción. Manejando conceptos semejantes a los de la evolución y la selección natural de Darwin, sostenía que aquellos individuos capaces de desarrollar aptitudes lingüísticas superiores se habrían visto favorecidos en su evolución y habrían determinado la posterior evolución de los idiomas.

Esta tesis, aunque sea fácil de aceptar como razonable en la actualidad, en tiempos de lord Monboddó rayaba en la herejía, al insinuar que el don de la palabra no provino del insuflado de vida que dio Dios a Adán y al ofrecer una explicación alternativa y lógica a la extravagante teoría bíblica del nacimiento de las diversas lenguas en la Torre de Babel. A pesar de ser un hombre de fuertes convicciones religiosas, su teoría le causó problemas con el clero escocés.